

En *La palabra y su contexto en los umbrales del siglo XXI*. San Miguel de Tucumán (Argentina): Facultad de Filosofía y Letras de la UNT.

Octavio Cejas: el baqueano de las letras en el NOA.

Molina, María Elena y Hael, María Virginia.

Cita:

Molina, María Elena y Hael, María Virginia (2007). *Octavio Cejas: el baqueano de las letras en el NOA*. En *La palabra y su contexto en los umbrales del siglo XXI*. San Miguel de Tucumán (Argentina): Facultad de Filosofía y Letras de la UNT.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/maria.elena.molina/7>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p8ad/yed>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Octavio Cejas: el baqueano de las letras en el **NOA**

MOLINA, María Elena.
mariaelenamolina@hotmail.com.ar
Tel.: 0381-4223992

HAEL, María Virginia.
virchy_tuc@hotmail.com
Tel.: 0381-4253059

LENGUA ESPAÑOLA II
Facultad de Filosofía y Letras. U.N.T.
Octubre de 2006

Octavio Cejas. El baqueano de las letras en el NOA

MOLINA, María Elena.
HAEL, María Virginia.
Lengua Española II
Facultad de Filosofía y Letras. U.N.T.
E mail: mariaelenamolina@hotmail.com
virchy_tuc@hotmail.com

Ser Cóndor

Quisiera que mi vida fuese como la del cóndor, que cuando llega a viejo se despluma y, de a poco, se vuelve pichón. La condorada lo cuida y alimenta; hasta lo empollan. Los otros cóndores son los hijos de él: machos y hembras, jóvenes y adultos.

Pasa el tiempo y crece de nuevo. Se hace grande y otra vez vuela. Vuelve al vertiginoso impulso del remonte y, nuevamente, patrón de la bandada, calleja por la inmensidad azul.

Por eso, ahora que soy viejo, cóndor quisiera ser.

Octavio Cejas. 1988¹

1. Introducción

Casi a diario –por lo menos en la carrera de Letras- recordamos la historia y la vida de los Filósofos de la antigüedad, de los artistas del medioevo, de los del renacimiento o del clasicismo y por qué no del romanticismo. Nos intriga saber cómo vivieron los escritores del modernismo y las vanguardias. Sabemos que Martí vivió y murió por la revolución Cubana, que Marx siempre estuvo protegido por Engels. Nadie desconoce que Sócrates se suicidó tomando cicuta ni que Fray Luis de León escribió sus mejores obras cuando fue preso por la inquisición. Los pormenores de la erudición de Sor Juana Inés de la Cruz nos son familiares, pero más aún la vida de Cervantes, con su batalla de Lepanto, brazo manco y sus afanes de dramaturgo frustrado. Sabemos que el autor del Quijote odió a Lope de Vega, comediógrafo muy rico para su época. Que Nietzsche murió loco y que Miguel Ángel no quería que lo llamaran artista sino únicamente por su nombre. Que Rubén Darío murió de cirrosis, que Baudelaire sufrió sífilis y Foucault murió de sida.... Que Cicerón recibió el título de *Pater Patriae* por desenmascarar la conjuración de Catilina y Hemingway escribía de pie por un problema de columna... perdonen este desvarío pero así comienza nuestra principal inquietud

¹ Cejas, Octavio (1998). *Antología*. La Feria del Libro. Tucumán, Argentina.

científica El pastiche de ideas no es en vano, aunque podría ser casi interminable. No es por delirios de grandeza pero ¡sabemos tanto y tan poco a la vez!... Realmente a veces da la impresión que conocemos más las nimiedades inútiles de la biografía –siempre netamente humana- de los mayores pensadores de todas las épocas pero no atinamos a parafrasear ni una sola de sus ideas.

Esta reflexión nos condujo a repensar que aunque cotidianamente no lo notemos, nuestro conocimiento de la vida de los autores, que podríamos llamar clásicos o consagrados, es enorme. Disculpen el reciente desvarió, pero es una forma de evidenciar lo que ahora estamos tratando de resaltar: sabemos algún que otro aspecto de la biografía de casi todos los escritores y pensadores de la antigüedad grecolatina, de Europa y de América Latina. Pero la pregunta más interesante sería ¿cuánto sabemos de nuestros propios autores, los argentinos, los del NOA si se quiere?

La respuesta es sencilla: poco. Seamos sinceros, exceptuando a Sarmiento, Hernández, Alberdi, Borges, Bioy Casares, Lugones, Cortázar, Sábato y una veintena más, somos totalmente orates respecto a los autores que forjaron nuestra literatura nacional. Sería interesante saber qué conocemos de autores como Hugo Wast, Luis Franco, Guillermo Enrique Hudson –Inglés de nacimiento, pero argentino por elección-, Leonardo Castellani, etc.

Por eso encaminamos nuestra investigación a la elaboración de la historia de vida de uno de los autores que más trabajó con la historia y la cultura de nuestra provincia: Octavio Cejas. Gracias a este escritor concepcionense, conservamos -al resguardo del tiempo- aspectos importantísimos de nuestra cultura tucumana en particular y nortea en general. Su literatura nos refleja mitos como el del Patón o Coquena y el del Familiar. Por su quehacer literario, innumerable vocablos regionales de nuestra provincia, “giros idiomáticos” como los llama el propio Cejas, han sido registrados.

Cejas es un gran recopilador de la cultura tucumana. Sus escritos son un reflejo de su constante afán por preservar las tradiciones de nuestro suelo. Su obra puede concebirse como una especie de trinchera en la cual el folclore tucumano se defiende hoy ante la impune globalización y la vertiginosa modernidad que espolea a nuestra sociedad.

2. Metodología y Objetivos

La metodología que utilizamos para realizar nuestra investigación fue: la indagación bibliográfica y las entrevistas con el escritor Octavio Cejas. En lo que respecta al trabajo de campo, realizamos un análisis lingüístico de los cuentos *Una noche, el Familiar, El Gritador de la noche y El espejo*, al que elegimos como escueto corpus de trabajo.

Las limitaciones que se pueden encontrar en nuestra investigación podrían ser saldadas en una posterior revisión y profundización de los contenidos de la misma. Como tarea pendiente nos resta a nosotras ahondar en el análisis de otros cuentos y comprobar, o más precisamente, reafirmar la tesis que sostenemos en nuestro trabajo: Octavio Cejas, a través de su experiencia de vida, proyecta el léxico y la cultura regional del NOA en su producción literaria.

Acorde a esta hipótesis, los objetivos que nos planteamos fueron:

- Conocer la vida de Octavio Cejas.
- Reconocer cuáles son los aportes que Cejas dejó a las letras tucumanas.
- Definir qué es léxico regional.
- Ver cómo se relaciona el escritor –y cuál es su compromiso- con la realidad y el contexto sociocultural en el que produce sus obras.
- Observar cómo los vocablos propios de una región tucumana se articulan en la literatura de Cejas y dan como resultado la conformación de una narrativa netamente regional.

Creemos que nuestro trabajo es distinto al de los demás grupos. En realidad, nosotros no tenemos una hipótesis que comprobar, sino una tesis que defender: Octavio Cejas es un luchador incansable de la revalorización de lo nuestro y entre eso “nuestro” que él busca preservar, tiene un lugar preponderante “nuestro” léxico. Confeccionar esta historia de vida para nosotros significa dar a conocer la labor de uno de los más importantes y comprometidos escritores de nuestra provincia.

3. ¿Qué es una Historia de Vida? ¿Y por qué elegimos esta modalidad de trabajo?

Ya hemos mencionado que esta investigación trata no solo a cerca del léxico tucumano en la literatura de Octavio Cejas, sino también de su Historia de Vida. En ella intentaremos describir sus datos biográficos, pero también, a través de una serie de entrevistas y visitas al autor, poner de manifiesto unas apreciaciones y percepciones personales que el propio Cejas posee acerca de su literatura y del modo en el que él logra reflejar el léxico norteño en la misma. No es una mera descripción taxonómica de

su vida en fechas o hechos importantes, si bien estos no faltan en nuestro trabajo. En realidad a lo que apuntamos es a conocer su propia experiencia y sus apreciaciones sobre su tarea como escritor y recopilador de la cultura del NOA.

Para registrar esta historia de vida, como ya hemos mencionamos, visitamos y entrevistamos al escritor en varias oportunidades, e incluso fuimos a una entrega de premios en su honor. Los datos biográficos que aparecen en sus libros publicados también nos sirvieron sobremanera. Los testimonios de Cejas están recopilados en casetes con las grabaciones íntegras de las entrevistas. Para registrar su historia de vida, de más esta aclarar, debimos hacer un trabajo de selección y síntesis, otorgándole así a sus dichos mayor coherencia y unidad.

Una cuestión importante en este aspecto es el motivo por el qué escogimos investigar sobre Octavio Cejas: en primer lugar, porque ambas investigadoras sentimos admiración por el escritor.

Sin embargo, nos pareció imprescindible hacer este trabajo ya que no existen hoy en día investigaciones sobre él, a pesar de su enorme peso en las letras tucumanas y nacionales. Quisimos rescatar su labor como recopilador de testimonios e historias del interior de la provincia, así como también el fuerte vínculo y trabajo que realizó al demostrar toda una identidad cultural a través de sus relatos, no sólo mediante personajes y lugares típicos, sino también en relación a personajes legendarios del interior de la provincia, que serían desconocidos si no hubiese sido por él. Octavio rescató mitos como el del Familiar, el de Coquena, entre otros.

Además nuestro trabajo se inscribe dentro de la materia Lengua Española II, de segundo año de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Tucumán, ya que abordamos la temática del léxico tucumano, y también, aunque muy sintéticamente, el tema de la fonética de nuestra provincia, representados en la escritura del célebre escritor.

4. Marco Teórico

Como ya señalamos en la introducción, el tema a abordar en nuestro trabajo tanto la historia de vida del escritor tucumano Octavio Cejas, así como también las distintas manifestaciones del léxico regional en su producción literaria.

Para elaborar el marco teórico de nuestra investigación, nos basamos en las ideas de Olga Eugenia Flores, Emilio Carilla, Octavio Corbalán y Elena Rojas Mayer, quienes

hicieron investigaciones a cerca del habla regional y folclórica inscripta dentro de la literatura. Así también, en sus trabajos se analizan las particularidades léxicas y fonológicas de nuestro habla y su relación con los textos literarios.

Antes que nada, queremos definir lo que es léxico y lo que es región. Para ello utilizamos las propuestas proporcionadas por el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, que nos ayudó a comprender y a definir más fácilmente lo que es un léxico regional y la literatura que lo refleja.

4.1. Léxico regional y Literatura

El léxico, según la Real Academia es el “*vocabulario, conjunto de palabras de un idioma, o de las que pertenecen al uso de una región, a una actividad determinada, a un campo semántico dado, etc*”². Ya desde aquí observamos la importancia del vocabulario de una región determinada, pero para una mayor claridad, es necesario observar otra definición: la de región.

Según el mismo diccionario, región es una “*porción de territorio determinada por caracteres étnicos o circunstancias especiales de clima, producción, topografía, administración, gobierno, etc.*”³, haciendo hincapié también en sus características tanto geográficas como socio-históricas. Podríamos establecer entonces que la región es un fragmento de tierra que –pese a la diversidad cultural que existe en todas las sociedades del mundo—comparte un trasfondo de creencia y valores comunes.

Definir literatura, por su parte no es una tarea fácil. De las distintas acepciones que propone el diccionario de la Real Academia, elegimos las dos que nos parecen más acertadas para los fines de nuestro análisis: “*Arte que emplea como medio de expresión una lengua / Conjunto de las producciones literarias de una nación, de una época o de un género*”⁴.

Basándonos así en estas tres definiciones, extraemos como conclusión que la literatura regional es aquella en la que se ponen de manifiesto las principales características de la región en la que se concibe. Así, la literatura regional, refleja las

² Diccionario de la Real Academia Española (2001). Espasa Calpe. Vigésimo primera edición. Villa Ballester.

³ Diccionario de la Real Academia Española (2001). Espasa Calpe. Vigésimo primera edición. Villa Ballester.

⁴ Diccionario de la Real Academia Española (2001). Espasa Calpe. Vigésimo primera edición. Villa Ballester.

costumbres, los aspectos religiosos, la geografía, algunos datos históricos y, por supuesto, el vocabulario típico de la zona en contraposición con la norma establecida.

En relación a esto, Emilio Carilla propone que en las producciones literarias regionales se pone de manifiesto lo geográfico, lo étnico, el lenguaje, la religión y el folclore. También resalta que estas particularidades son las que llevan a diferenciar la literatura regional de la norma imperante en la metrópoli, en la capital de la Nación, aunque siempre se conserva un cierto margen de respeto en relación a dicha norma. Coincidimos con este reconocido autor tucumano en que otra particularidad regional en relación a la literatura es la intensificación de rasgos que en la literatura nacional aparecen como más sutiles, menos explícitos, sobre todo en cuanto al léxico, al vocabulario con que los personajes se expresan. Es mediante la forma de hablar de los personajes que nosotros podemos inscribirlos dentro de una determinada región. En las literaturas regionales el léxico particular de una zona se exagera, se transforma en piedra angular para definir a los personajes como seres pertenecientes a una determinada región. El léxico en las literaturas regionales concede identidad a los seres ficcionales.

4.2. El escritor frente al habla regional

La reflexión anterior nos lleva a otra cuestión de suma importancia dentro de nuestro trabajo: el tema de la posición del escritor frente al habla regional, el modo en que inserta el vocabulario típico de su realidad cotidiana. Más aun, la manera en que representa todo un cuadro de costumbres a través del lenguaje.

En primer lugar, es de nuestra consideración que el escritor utiliza el léxico regional en su literatura como manera de reflejar su concepción de mundo y la de su gente, su modo de ver el lugar en que se inserta y de dónde nace su producción artística. Sabemos que la literatura es un testimonio de la realidad, y por lo tanto no puede separarse de ella, de ese contexto que representa. Entre ellos hay un vínculo tan estrecho que no puede ser eludido, la literatura es “*un espejo de costumbres*” como diría Lope de Vega. Dentro de esta realidad que se refleja se encuentra el lenguaje, y, como todo, éste también –y quizás con más fuerza que otros aspectos de la realidad- puede ser retratado a través de la escritura.

El lenguaje permite al escritor no solo describir las costumbres, el lugar y los personajes (típicos de ese mismo lugar), sino también, sobre todo a través del diálogo, podemos ver representada de manera fidedigna y verosímil la forma de hablar típica de

una zona. El escritor como sostiene Olga Eugenia Flores, debe poner en práctica su oído “registrador” para plasmar el léxico y la fonética propia de su pueblo, ciudad o provincia. En relación a esto, Flores dice: “El “oído registrador” captará, pues, los matices del habla verdadera (...) y los transcribirá”⁵.

Por esto, merece especial atención el estudio de Elena Rojas Mayer a cerca de las particularidades fonéticas tucumanas, que se verán reflejadas en la literatura regional, por ejemplo en la de Octavio Cejas.

Así, la profesora Rojas Mayer (1980) sostiene que se puede ver con facilidad en el habla tucumana, la preeminencia del pretérito pluscuamperfecto y el imperfecto por sobre el pretérito perfecto simple. La preferencia por usar los pronombres personales acompañados a los verbos en presente en vez del futuro simple, “nos vamos” antes que “iremos” o “saldremos”, entre otros rasgos fonéticos en los que no es necesario ahondar, pues no vienen al caso. Lo cierto en relación a esto es que la literatura regional, y en nuestro caso particular, la tucumana, refleja ese modo de hablar y esos rasgos distintivos que nos caracterizan frente a la norma de la capital o a las particularidades de otras regiones del país. Más adelante analizaremos como se manifiesta esto de manera más clara en Octavio Cejas, así como también en el uso de formas dialectales.

4.3. Literatura Regional y Producción Folclórica

En este apartado nos basaremos en las nociones de Octavio Corbalán (1985) presentes en su trabajo *Creación Literaria y Literatura Folclórica*. En relación a lo que él denomina literatura folclórica, establece una dualidad:

“1) Novelas, cuentos u otras manifestaciones literarias que pretenden imitar un cuadro típicamente rural, para lo cual, los autores remendan un lenguaje rústico a veces irreal; 2) Las replicaciones de especies poéticas y narrativas tradicionales realizadas por un investigador culto”⁶.

⁵ Flores Olga Eugenia (1978). *El escritor frente al habla regional*. Primeras Jornadas de Dialectología, Tucumán (1978)

⁶ Corbalán, Octavio (1985). *Creación Literaria y Literatura Folclórica*. Congreso de Historia y Cultura de los pueblos del NOA. Actas de Congreso. Tomo IV “Letras y Artes”. Universidad de Catamarca (1985).

En el primer caso estaríamos ante un autor culto que refleja al pueblo y a sus modos expresivos, ante lo cual un reconocido investigador de las formas folclóricas, Augusto Raúl Cortazar, dice: “*Son obras representativas de nuestra poesía regional, pero gran parte de su contenido no es de manera alguno folclórico*”. Corbalán por su parte denomina a este tipo de producción Literatura Folclórica.

En el segundo caso nos encontramos ante la recopilación de producciones verdaderamente folclóricas (que, según Cortazar poseen las características de ser anónimas, colectivas, tradicionales y orales) en volúmenes escritos. Cabe aclarar que en la década de 1930 hubo un gran avance en la Argentina en relación a estas recopilaciones, porque se puso en auge la idea de que el folclore se estaba perdiendo y había que hacer todo lo posible para recuperarlo. Así es como se obtuvieron los cancioneros del noroeste de manos de figuras como Juan Alfonso Carrizo, por ejemplo. A esto es lo que Corbalán llama folclore literario.

De este modo, como ya destacaremos más adelante en la literatura de Octavio Cejas, enmarcaríamos a su producción en el primer grupo. Octavio es un autor culto, un ferviente investigador, que imitando las fórmulas del folclore, incluye la aparición de las costumbres y el léxico regional del folclore del Noroeste Argentino, especialmente de Tucumán.

5. Vida y Obra de Octavio Cejas

5.1. Resumen de su obra y trayectoria artística

Octavio Cejas nació entrada la primavera de 1927 en la ciudad –para aquel tiempo un pequeño pueblo- de Concepción.

En su ciudad natal cursó la escuela primaria. La secundaria en la Escuela Normal de Maestros de Catamarca que lo signó para toda su vida. Cejas fue docente durante más de treinta años en la zona rural tucumana. Su adolescencia y juventud transcurrió en la ciudad de Ambato, y en esta época de su existencia es cuando se le graban más profundamente las emociones. Toda su literatura y su vida –según el propio escritor- no será más que una nostalgia por aquella edad.

En Catamarca conoció parte de la obra de un catamarqueño a quien Cejas considera su Tutor Espiritual (con mayúsculas): Luis Franco.

Su padre, don Rodolfo Cejas, hombre campesino que apenas garabateaba su firma, era un gran baqueano conocedor de las “artes” rurales y de los hombres,

animales, plantas y lugares de la región. Las labores del campo no le son desconocidas a don Octavio Cejas: sembrar, desyerbar, cosechar, emparvar, cortar adobes, trabajar con pico y pala, hachar, ensillar un chúcaro, campear, viajar a caballo de día y de noche por montes y cerros con precipicios que cortan el aliento. Y ahí está su genio, ya que él supo trasladar a su literatura todo ese caudal de experiencia personal; el cual, lógicamente incluye los distintos registros léxicos de las diversas personas con las que estuvo en contacto a lo largo de su vida y sus viajes. No debemos olvidar que su infancia transcurrió en Las Estancias de Catamarca entre cazadores de guanacos y de pumas, arrieros, amansadores, picapedreros, hacheros, porceros, troperos, zafreros, tejedores y guitarreros.

Las principales costumbres de Cejas –hasta la actualidad- son: conocer, hacerse amigos, viajar –en caballo y bicicleta- y, por sobre todo leer. Piensa que ser escritor no es tan difícil si antes se es un aguerrido lector. Entre sus principales maestros reconoce a Luis Franco, Jorge W. Abalos, Víctor Massuh, David Viñas, Guimaraes Rosa, José María Arguedas, Ciro Alegría, Cesar Tiempo, Manuel Mujica Láinez (a quien considera extraordinario narrador), entre otros. En un sitio aparte está Julio Cortázar que divide en dos su producción literaria: hay un Cejas anterior y otro posterior al autor de Rayuela. Cabe mencionar también a escritores regionales como el santafesino Luis Guñido krámer y el mendocino Juan Daghi Lucero en lo que atañe a la ambientación de los relatos campesinos y al tratamiento de los personajes.

Cejas es un brillante escritor y además un arduo investigador de la cultura popular y regional del NOA. El reconocimiento producción artística es innegable. Como escritor Cejas ha recibido numerosos premios y distinciones. El primero de ellos y el que lo catapultó hacia la carrera literaria fue el premio “Pablo Rojas Paz” para escritores del NOA. En 1973 lo ganó Cejas con su libro *Una noche, el familiar y otros cuentos*.

El premio consistió en dinero en efectivo, medalla de oro y edición de la obra por cuenta del ex Consejo Provincial de Difusión Cultural de Tucumán. Posteriormente da a conocer *No vienen al encuentro del grito*, *En el monte*, *Real Sayana* y una *Antología de Cuentos*, todo siempre en narrativa. En la actualidad tiene listo para dar a la imprenta un ensayo sobre su Tutor Espiritual, Luis Franco. Como investigador, Trabajó en *De mitos, leyendas y casos de Tucumán* (investigaciones) sobre experiencias en ese sentido entre campesinos. *Alpachiri, mi país* (novela) y *Vida y milagros de hacheros de Tucumán*, también son reconocidas obras de su autoría. Un trabajo de

investigación realizado entre 1992-1993, titulado a *Las salamancas en el ámbito territorial de los departamentos de Chicligasta y de Río Chico (Tucumán)* fue incluido en Publicaciones del Seminario de investigaciones sobre “Antropología Psiquiátrica”, libro editado por el CONICET. El tercer capítulo de dicha publicación corresponde a Octavio Cejas.

En 1995 recibió la distinción de honor de la Sociedad Argentina de Escritores Filial Tucumán. También una plaqueta en Famaillá “por su contribución a la cultura de la provincia” y otra del Consejo Deliberante de Concepción por igual motivo. Asimismo en la capital de Chicligasta, el centro cultural tiene una sala que lleva su nombre y una estatua de un Cóndor en cuyo pie esta inscripto un microrrelato suyo (que citamos al iniciar esta exposición). En Concepción es una figura pública y muy querida por todos, no es extraño, por tanto, que allí haya sido vocal en literatura y Director de Cultura durante varios años.

Desde el 7 de junio de 1996 la biblioteca comunal de Río Seco se denomina “Escritor Octavio Cejas”.

Ha dado numerosos cursos y charlas sobre narrativa Tucumana., acompañado en reiteradas ocasiones por otros destacados escritores y especialistas en el tema como el Dr David Lagmánovich.

También dirigió durante casi cuatro años un taller literario en la ciudad de Concepción a quien el mismo bautizó “Taller Literario Luis Franco”. Como caso excepcional, es preciso aclarar, integra en Belén (Catamarca), la Comisión de Homenaje Permanente a Luis Franco.

Con Silvia Prado (Licenciada e investigadora en folclore), incorpora al folclore regional la figura del “Patón”, personaje mítico entre hacheros de Alpachiri. Dicho mito lleva una vigencia de más de un siglo y recién el 1984 fue detectado por Cejas y Prado quienes lo Presentaron en el “Congreso de Historia y Cultura de los pueblos del NOA” que se desarrolló en la Universidad de Catamarca el 1985.

Desde hace años que Cejas es periodista del diario “La Gaceta” y –aunque ya no con tanta frecuencia como antes- publica en su página literaria. También ha participado en diversas antologías literarias y selecciones de cuentos. En septiembre de 2006 recibió el segundo premio del Fondo de Cultura de la Nación que consiste en la publicación de un libro de cuentos. El libro ya se editó y muestra la enorme capacidad de Cejas y de su inventiva. En dicho ejemplar se exponen cuentos nuevos, historias impactantes, personajes inigualables, y un léxico que sigue poniendo énfasis en lo regional.

Esta pequeña biografía o este esquemático resumen de la vida de Octavio Cejas nos demuestra que él no es un escritor improvisado. Reconoce que existe la inspiración en el artista pero considera más fuerte la voluntad, el esfuerzo y el trabajo diario. Cejas es un escritor y un investigador nato. Fue, sin lugar a dudas, gracias a don Octavio Ceja –en su doble rol de escritor e investigador- que gran parte de la cultura del NOA se ha salvado de la extinción y del olvido.

5.2 Niñez de Octavio Cejas

Octavio Cejas nació en Concepción, provincia de Tucumán, durante la primavera de 1927.

Su padre, Rodolfo Cejas, era Riojano. Octavio lo recuerda con mucho cariño. El propio Cejas asegura que su papá a pesar de ser semi analfabeto, y de que apenas garabateaba su firma, no era tan duro como parecía. Cejas recuerda que su viejo –como le decían de cariño- tenía un poder creativo genial para las letras de las canciones y en carnaval sobre todo se enfiestaba. Cejas y sus compañeros del barrio se entusiasmaban con el tambor y con las cajas. Y algunos también soñaban ser cantores como don Rodolfo, que con gracia se aprendía las coplas y las recitaba.

Don Octavio, no obstante, lo único que lamenta de su padre es que haya cometido el error de buscarlo a él para que los domingos lea en La Gaceta la *Carta a mi Ñaña*, llena de errores ortográficos y sintácticos de los cuales se contagió. Por eso reconoce que de chico no tenía tan buena ortografía.

En Octavio Cejas, la pasión por la lectura se despierta a muy temprana edad. Él tuvo la suerte, con los demás chicos de su barrio –de la España y Rivadavia-, de que todos tenían una sola madrina, que era maestra jubilada. Asegura que aquella mujer, llamada Urbana Macías, tenía una excelente mano para Madrina. Los madrinazgos con ella eran muy difíciles que se deshagan. Era casi imposible que comadres o compadres se desconozcan después, a lo largo del tiempo; o que Urbana se olvide de que un niño era ahijado suyo. De modo que todos los ahijados iban a la escuela de la madrina. Ella, muy viejita, les enseñaba desde la cama. A la vuelta del camastro, se ubicaban las sillas. Prácticamente los separaba por grados. Iban los que tenían diez años hasta los que todavía no eran admitidos en la escuela. Esto ocurría en la década de 1930, cuando los chicos a la escuela entraban recién con 7 años. De modo que con la ayuda de la Madrina, uno ya entraba a la escuela sabiendo leer y escribir.

En la primaria, Octavio Cejas, asistió a la Escuela Usladislao Frías de la ciudad de Concepción. El escritor recuerda que tuvo la fortuna de recibir instrucción de muy buenos maestros, maestros de un nivel que no volvió a encontrar cuando fue director. Fue un excelente alumno, el abanderado de su promoción.

5.3. Juventud del Escritor y los distintos oficios que practicó

Como ya dijimos, Octavio Cejas cursó la secundaria en la Escuela Normal de Maestros de Catamarca. También tuvo un excelente plantel de profesores, pero con la desvalorización de ser tucumano. No fue mal alumno, tampoco excepcional. Siempre reconoce que los que vivían ahí lo aventajaban, se conocían entre ellos. En la primaria fue abanderado pero en la secundaria no. Con un tono de angustia recuerda: *“Yo era tucumano, desconocido y sin un centavo en el bolsillo, ¿Qué podía esperar?”*

Octavio tuvo que trabajar en algún oficio para ayudar a su padre a *“parar la olla”*. El oficio que más le gustó fue ser guardia de ómnibus, porque lo hacían conocer Catamarca. También fue zapatero remendón y luego profesor de dactilografía. Todo eso paralelo al estudio, *“a no faltar”* sentencia Cejas. Fue, además, ayudante de albañil. *“Siempre trabajé en lo honesto”* repite *“había patotas activas de noche, pero yo nunca me presté. Primero porque me iban a echar de la Normal y segundo, porque mi papá me iba a echar de la casa”* (Risas).

5.4. Su Profesión de Maestro rural

Octavio Cejas trabajó en la Escuela 115, sobre la ruta. Empezó en el año 1955 o 1954. Recuerda que para aquel entonces, recién salían los camiones grandes, y dejaban un tufo, el aire contaminado, un olor a vinagre, porque llevaban la caña en las épocas de zafra. Los chicos decían *“¡Ahí viene el camión hediondo!”*, por el olor que dejaba, de vinaza.

Su rutina diaria comenzaba al alba y se extendía hasta la noche. Trabajador incansable, se levantaba temprano para ir a la escuela en bicicleta, bajo cualquier condición climática, haga frío, llueva, haya barro, etc. El camino era pésimo.

Al mediodía volvía, se bañaba y cambiaba para ir a la Escuela Industrial, que ya era Escuela Industrial ciclo secundario para aquel entonces. Salía de ahí como a las seis y media de la tarde y a las ocho de la noche entraba a la escuela para adultos.

Octavio asegura que todo esto que cuenta no es por decir que fue un trabajador excepcional, sino que tenía que trabajar en tres lugares por el sueldo miserable que le pagaban como maestro. Con un dejo de resignación agrega:

“Y bueno, les pagan lo mismo ahora. Nunca fue bien considerado el trabajo del maestro ni del profesor. Yo ahora que estoy afuera lo puedo decir porque ya no me van a echar. De modo que siempre trabajé para la escuela, viviendo para la escuela. Y en parte viviendo de la escuela con un sueldo irrisorio. Los maestros se casan con las maestras para ayudarse con el sueldo. No hay libertad económica, es un sueldo siempre de hambre. Por eso vivimos de huelgas, y siempre lo mismo”.

5.5. Sus inicios como escritor

Octavio advierte para rastrear sus inicios como escritor hay que tener en cuenta que él es maestro rural, pudo ser maestro en la ciudad, pero toda su vida se dedicó a ser maestro en escuelas del campo. Cejas sentencia que *“ahí encontré otro mundo, otro vocabulario, paralelo al nuestro, sobre todo cuando trabajé en el cerro, en Las Estancias”*. En Las Estancias –localidad catamarqueña cercana al límite con Tucumán– fue maestro, campesino serrano, y el resto de su actividad de maestro lo cumplió siempre en escuelas campesinas. De este modo, su vinculación con el niño campesino, sobre todo el niño campesino que relata, que refleja fielmente lo que oye y lo que ve, fue muy productiva para sus inicios como escritor. Octavio reconoce que la pureza del niño es distinta al disimulo del adulto. Por ejemplo, cuenta que cuando enseñaba en Gastona-poco tiempo fue directivo allí-, la maestra les cuenta un cuento a los chicos de primer grado, primer grado superior, segundo grado cuando mucho. El relato versaba sobre los padres y el hogar. Luego la docente les pide a los alumnos que se imaginen el cuento y lo dibujen. Uno de los alumnos trajo dibujados –cumpliendo exactamente lo que el cuento relataba– al natural al padre y a la madre como él los había visto alguna vez cuando se cambiaban la ropa. *“¡Ese fue un pillo!”* ríe Octavio al recordar la anécdota. Asegura que esa actitud nosotros no la manejamos porque tenemos nuestros escrúpulos, nuestras reservas, nuestra formación, en cambio ellos –los niños del campo– son totalmente naturales, *“son como animalitos”* agrega *“los niños ven a las niñas y no les llama la atención la diferencia anatómica porque ellos siempre se vieron así. Y además que no les enseñan que eso es un atrevimiento. Ellos viven dentro de la naturaleza, y la naturaleza es ellos”* concluye Cejas.

Cejas empezó a escribir porque tuvo conciencia de que su experiencia, sus anécdotas eran originales. Cejas reconoce que el narrador oral es común en el campo, en el campesinado. No así en la ciudad donde la gente únicamente repite tonteras oídas en la televisión. Cejas dice *“en la ciudad cuenta uno algo y cuentan todos lo mismo, pero allá no”*. Octavio tomó conciencia de la fecundidad de relatos y de léxico que se puede extraer del campo. Allí, se puede escuchar la misma historia diez o quince veces pero siempre contada de distinta manera. Eso es originalidad y eso le llamó la atención. Tras todo el cúmulo de experiencias que adquirió durante su niñez, su adolescencia, su trabajo como maestro rural; después de leer durante toda la vida a Juan Alfonso Carrizo, y a otros folcloristas, folclorólogos, Cejas sintió la necesidad de dar su propia versión del folklore y la tradición tucumanos.

5.6. Su trabajo como periodista de La Gaceta de Tucumán

Cejas dependía en La Gaceta de Arturo Álvarez Sosa y Aldonate. Trabajó en dicho periódico por muchos años, y aunque dejó de su labor allí hace más de 10 años, todavía hoy cuando reciben escritos suyos los publican. Don Octavio recuerda que empezó con notas sueltas hasta que le dieron una página. Tenía que llevar la fotografía y el texto, armado ya. Por esta experiencia aprendió y viajó mucho. Cejas hacía el trabajo en su casa y luego viajaba a dejar su escrito o lo pasaba por teléfono a las oficinas de La Gaceta, en San Miguel de Tucumán. Roberto Espinosa, quien le recibía los sobres con las notas, también le enseñó mucho. Cejas para ese entonces ya había ganado algunos concursos como escritor, y por eso mismo lo habían contratado. Don Octavio siempre reconoce que el diario lo ayudó a trabajar a contratiempo. Dice Octavio: *“nos azuzaban con el tiempo. Uno mentalmente tiene que ir armando y corrigiendo las cosas. Presentarlo y esperar que no te rechacen y no te paguen. Trabajo publicado, trabajo pagado”*.

En sus viajes como periodista Cejas encontró personajes fabulosos que en la ciudad nunca había visto ni imaginado. Por ejemplo, Mariano Córdoba, un hombre de Aguilares, que fue baleado en 1922 y que decía tener la capacidad de volverse invisible –él, su caballo y su perro-. Hace poco tiempo, en el 2004, descubrió a un hombre, que vive cerca de Santiago del Estero, cuya profesión es ser “llevador de almas”. Al parecer de Octavio: *“Hay que ir por la calle con los oídos atentos”*. Sobre todo, Cejas, se fijó siempre en las profesiones y en los apodosos que definen a la gente de forma concisa y reveladora.

No obstante, si bien reconoce que sus viajes y su experiencia fueron factores fundamentales a la hora de concebir y caracterizar a los personajes de sus cuentos, Octavio Cejas aclara: *“Yo le tengo piedad a los personajes. Trabajo con un personaje común que llegue., no que repugne. No me gusta lo morboso”*. A Cejas nunca le gustó introducir los aspectos morbosos en su literatura. Si hay cuentos que exponen el tema de la muerte y las enfermedades, pero siempre tratador con sumo decoro. Las malas palabras, los giros groseros, lo escatológico, son recursos que Cejas desechó firmemente de su poderosa narrativa.

5.7. Cejas y su público

Octavio Cejas, desde la primera línea que escribió, siempre pensó en el lector popular, en un hombre de pueblo. Se autodefine como un escritor regionalista, porque abarca una región -el NOA-, no solo una provincia. Escritores como Tizón y Haroldo Conti –que trabajó en la región del litoral- también son regionalistas para él. Lobodón Garra, fue otro viajador incansable que ha mostrado prácticamente toda la Argentina.

Octavio nos confesó que arma sus glosarios conforme a las palabras que va utilizando. Por su experiencia asegura que es muy interesante comparar los glosarios de un escritor tucumano, con uno salteño o con otro de Santiago del Estero, por ejemplo. Son todos distintos. A su modo de ver, a veces empleamos la misma palabra pero le damos una acepción distinta, que en otra provincia no la tiene. Y asegura que no es que inventemos, sino que es el uso que le da el pueblo. *“El pueblo es el dueño del idioma”* dice Octavio.

Su primer libro no tenía glosario, pero Octavio en cuanto lo publicó se dio cuenta de la necesidad del mismo. Dice Cejas:

“El libro sufre un extraño destino, los de todos los escritores, no solo los míos. Usted no sabe dónde va a ir a parar, que manos lo van a tocar, que ojos lo van a leer. Entonces, puede ser que el libro vaya a dar en Misiones, donde son distintos a nosotros. Al lector siempre hay que respetarlo. Uno no sabe si va a ser leído en los grados o por una abuelita, que reside en una casa de pensión, porque a esa edad ya es una especie de estorbo para su familia”.

Cejas tiene como máxima capital en su obra respetar al lector, por eso no usa groserías en sus narraciones y por eso mismo confecciona los glosarios. El glosario de

la literatura cejista se transforma, por ende, en una herramienta para que el lector pueda interpretar, aprehender y disfrutar sus textos.

6. Análisis Lingüístico de dos cuentos de Octavio Cejas

A continuación analizaremos el léxico tucumano en tres cuentos representativos de la literatura de Octavio Cejas: *Una Noche*, *El Familiar*; *El Gritador de la Noche* y *El espejo*. También resaltaremos los rasgos del folklore que presentan los cuentos y el compromiso que Cejas asume con su región al escribirlos. Dicho compromiso se refleja ya que el escritor no vacila en presentar la realidad del interior de la provincia, con personajes y costumbres típicas de la zona.

6.1. Primer cuento *Una noche, el Familiar*

“Vivir es saber vivir,

Beber es saber beber” J.C. Davalos.

“**ALMASÉN**” anunciaban toscas letras pintadas en cal. El revoque, caído en parte, mostraba el esqueleto de la quincha. Alguna vez estuvo blanqueada.

Trabajábamos en **yunta** con mi compadre Lindoroso Chaile, la caña que pelamos ese día era **soca**, que había quedado en la cosecha pasada. Demoramos, pues en parte la había doblado el ventarrón, y más que nada, porque se nos enratonaba el brazo derecho. Eran los primeros días de la **zafra**. No estábamos hechos a trabajar del alba a la noche.

Ese atardecer veníamos pitando por el callejón de Monte Rico. Vimos el Letrero. Entramos al **boliche**, en una mesa mugrienta y en vasos con dedos marcados, nos sirvieron el vino. Cajones por sillas.

- ...**ta qu'está** lindo esto! –Dijo relamiéndose Chaile –Salud!

No soy hombre de mucho beber. Pero como se trataba de él no podía despreciarlo. Decidí acompañarlo unas vueltas.

El farol con su luz temblona nos ponía una máscara amarillenta.

Apoyado en la pared dejamos el **morral** con la **macheta**. A la cintura, envarándonos, el cuchillo del catorce.

La helada debía ser grande esa noche. Lo deduje porque cuando salí a hacer aguas, las gallinas en el árbol se amontonaban cacareando bajito. A pesar del alcohol, pinchaban los alfileres del frío.

En una mesa cercana cabeceaba un **coya** borracho. Un **caschi** cenizo cuidaba su sombrero caído.

- Vea, **compadre** –me dijo algo **punteado** Chaile- yo a usted lo **aprecio**.

- Así es, también lo aprecio –repuse.

- Si trabajo es **pa' mejorar**. Pero hace treinta años que doblo el **lomo** y no tengo más que lo puesto.

- Yo igual. Estamos condenados a que nos amadrine la pobreza.

Seguimos bebiendo. Comencé a ver girar a mi compadre en torno de mí. No tardó en seguirlo la estantería y el **bolichero**.

-No eche. No bebo más. –Dije conteniéndolo con un ademán y alejando mi vaso.

-Habrá **completao** el cupo –**chanceó** en medio una carcajada- yo, en cambio, tengo tirada libre.

En eso el boliviano cayó de su mesa. A cuatro pies pasó cerca de la nuestra. Por más que hacía esfuerzos, no conseguía incorporarse. Le oí murmurar: “Yo me **endereizo**, yo soy hombre, no araña **pa' andar** en el suelo...”, pero siguió gateando.

- Este coya se está haciendo el **machao pa' robarme** el morral. **Ya nomás** lo voy a arreglar- dijo incorporándose Chaile.

Me costó trabajo hacerlo desistir de sus intenciones.

- Vamos, compadre –apuré- queda **surco y medio** para terminar la tarea.

-**Na...** yo también debo terminar... tengo que salir a la punta...- con su mentón señaló la botella.

- Es tarde. Ya sonó **el pito de las tres y media**. Ya deben estar volteando.

- Tan **apuraao...** ¿qué lo... que lo han **mandao** a buscar la par... la partera? –El alcohol ya trababa su lengua. Me pareció que me veía muy lejano.

- Usted sabe, yo soy macho.

- Ya lo sé.- Asentí siguiéndole la corriente.

-Yo no tengo miedo a nadie. A nadie ¿entiende?- vociferó.

En ese momento entró Cantalicio Tolaba, un catamarqueño **carrero** en El Ceibal que se las daba de domador. Lo vi llegar y su presencia me molestó. **Emponchado**, de **sombrero alón** y tintineando las **espuelas** fue hacia el mostrador. Pidió de beber. Se quedó conversando en voz baja con el bolichero. Haciendo pantalla con una mano en la boca, nos miraba. Alcancé a oírle decir que volvía de **Alpachiri** donde le **andaba cayendo** a no sé que viuda..., que **le arrastraba el ala** a una **moza** del lugar... y otras palanganeadas. Este hombre, repito, no me simpatizaba. No llegué a descifrar las causas de este rechazo. No sé bien si era porque en un **carnaval** porfiaba en bailar con mi hija Lucía o si fue por esa vez del velorio del abogado, que a ella nomás **le daba el botón**. En otra oportunidad me hizo jugar **unos pesos** en una carrera que resultó **chamica**. **A mí no me vengán con enredos**. Soy pobre, pero a mi casa la van a respetar. Empezando por este picaflor que era casado con una vieja **liera** y **machorra**. Con el pretexto de hacer caminar los animales, Tolaba recorría los callejones, repartiendo piropos a cuanta mujer encontraba.

- Aquí le manda este vino- me dijo el bolichero.

-¿Quién?

- Don Cantalicio.

-Lleveló. Dígale que no bebo.

El hombre llegó al mostrador y sentí cuando el domador decía con sorna: “no toma... sí, no toma... mulas al partir porque no dan crías”.

De repente mi compadre sacó un cuchillo y comenzó a dar planazos en la mesa. Ahora sí que estaba dispuesto a retirarme. Por fin pude convencerlo. Abrazados, a los tumbos, con una botella de vino en la mano nos dirigimos al rancho. Por el camino me contó aventuras galantes, entreveros con la policía volante y de una vez que le peleó al familiar de los Padroses. Qué iba a pelear! Si era peticito, chamiza y gritón. Pura atropellada. Decían que su mujer, corpulenta y gorda, a golpes le hacía pasar la macha. Pienso que él se amortiguaba para no sentirla. Alguna vez, moreteado, me contó que la sillera lo había arrastrado. Otros comentaron que mi comadre fue esa chúcara. Chaile vestía campera y guardapantalón. Al cuello, atada con nudo, una bufanda gruesa le caía por sobre el poncho. El callejón sombreado por pacaráes y laureles, formaba una galería de sombras en las sombras. Mi compadre seguía narrando sus andanzas: dijo que una noche lo tuvo sucio un perrazo chuschudo y hediendo y que él, a punta y hacha, lo había hecho huir. Eso había sido cerca de la Acequia Vieja.

Hombreándolo le ayudaba a caminar. De trecho en trecho descansábamos. Aprovechaba para echarle unos tragos al cuerpo. Dio un grito con todos los bofes “pa’ que sepan que soy yo”, según dijo.

Un crujir de ramas y un llorar de perros en los ranchos, me produjo un estremecimiento que yo achaqué al frío.

Antes de cruzar la acequia debíamos pasar un alambrado de púas. Lo hice primero, tanteando. Con el prepuesto en la hebra de abajo y con una mano sosteniendo la de arriba, procuraba hacer cruzar a mi compañero. Fue cuando sentí eso. Como un ventarrón que venía por las cañas. El miedo me ganó, no pude evitarlo. Creo que no toqué el palo que hacía de puente. En mi carrera, cayendo y levantándome, oí gritar a mi amigo, loco de terror. Al parecer lo despedazaban. Al rancho llegué sin respiración.

Desperté a mi mujer y le conté que el **cumpa** Lindoroso se había trezado con el familiar. No quiso creerme, me puso en la cama diciendo que era la macha. Cuando desperté, algo mareado todavía, me acordé de Chaile. **Desandé** el camino. Una mula, con un tarro a la cola, pasó como refucilo⁹ volteando cañas. Encontré a mi compañero colgando de su bufanda que se le enredara en las púas del alambre. Se le había ceñido al cuello hasta ahorcarlo. La cara y las manos cubiertas de heridas. Ya rígido, lo saqué de su postura.

En la comisaría de **Alto Verde** y en el velorio conté esto. No se explicaban cómo el familiar me dejó con vida.

Lejos, el ingenio molía cañas y sudores.

6.1.2. El glosario que elegimos en el cuento *Una noche, el Familiar*:

A mí no me vengan con enredos: Expresión oral muy propia de la zona, significa que la persona no quiere tener problemas.

Alambrado de púas: La acepción es válida en todos los países de habla hispana, pero la expresión es muy utilizada en el interior de la provincia y en las regiones campestres.

“ALMASEN”: En realidad se refiere a un “almacén”: Local donde por lo general se venden mercancías. En el interior es más frecuente la existencia de almacenes en lugar de grandes supermercados, por lo tanto se estaría refiriendo a un tipo de local muy común en la región. El cambio en la ortografía se da porque muchas veces en las zonas alejadas no se respetan las normas o convenciones ortográficas y se escriben las palabras como suenan. Cejas no hace más que reflejar este rasgo en su cuento a través de esta palabra.

Alpachiri: Lugar al oeste de Concepción, camino a Las Estancias.

Alto Verde: Pueblo del sur de la provincia de Tucumán, cercano a la Ciudad de Concepción.

Andaba Cayendo: Visitaba con fines amorosos a una persona. Expresión coloquial y usada sobre todo en el marco de la oralidad.

Apreceo: Aprecio. Desviación de una palabra, que suele darse en los sectores sociolingüísticos más bajos.

Apurao, Completao, Mandaao, Machao: Apurado, Completado, Mandado, Machado. En Tucumán se suele cambiar la terminación “ado” por “ao”, no exclusivamente en los niveles sociolingüísticos inferiores. Así lo manifiesta la Doctora Elena Rojas en su artículo citado en el presente trabajo.

Bofes: Expresión coloquial de pulmones.

Boliche: “Establecimiento comercial o industrial de poca importancia, especialmente el que se dedica al despacho de bebidas y comidas”. En el campo y en los pueblos del interior se les denomina así a las tabernas de pobre estructura, donde los trabajadores suelen beber y juntarse al terminar la jornada laboral.

Bolichero: Hombre encargado de atender el boliche, el negocio.

Carnaval: No es una palabra atípica ni muy utilizada en Tucumán, pero representa un tipo de festividad muy esperada por el hombre de campo, es un evento social de mucha importancia en el interior de la Provincia, así se destacan los corsos o carnavales de Aguilares, Concepción, Monteros, entre otras localidades, donde pasan carros adornados por las calles, durante cierta cantidad de noches del mes de febrero.

Carrero: “Hombre que guía las caballerías”, en Tucumán se lo emplea para designar al hombre que maneja o que guía el carro cañero con el que se transportaba la caña de azúcar en atados o paquetes al ingenio.

Caschi: En Tucumán se la utiliza para denominar así a los perros vulgares, sin raza, callejeros.

Chamica: Fallida, inútil.

Chanceó: Largó, dijo, expresión utilizada para significar que se arriesgó. En el campo, se la utiliza como sinónimo de “tirarse un lance”, lancearse.

Chúcara: Yegua o mula que no está domada, que todavía presenta mañas y bríos y es dificultoso montarla.

Chuschudo: Peludo, de pelaje grueso.

Comadre: Amiga, madrina del hijo de uno. Expresión muy usada en Tucumán.

Compadre: Expresión muy usada en la provincia, que significa padrino de uno de los hijos del que así lo llama, o bien, amigo, compañero.

Coya: Se refiere a un boliviano, en general se utiliza el vocablo para denominar a las personas provenientes de Bolivia, Perú, Paraguay, entre otras, ya que son los que mayores rasgos y herencias culturales adquirieron de los incas e indígenas de la zona. El empleo de la palabra se da no solo en el interior, sino en todo el N.O.A y en otras regiones de Argentina.

Cumpa: Compañero, amigo, diminutivo utilizado para referirse al compadre.

Desandé: Volver a hacer el camino, regresar, para hacerlo de nuevo.

El Familiar: Según el mismo Octavio Cejas es “un engendro demoníaco de la creencia popular”. En Tucumán es una leyenda muy arraigada en los pueblos del interior, y, sobre todo, entre los azucareros. La leyenda indica que los patrones o los dueños de los ingenios tienen un perro demoníaco que ataca a los trabajadores que no cumplen bien sus tareas. Aquí se ve el papel de Cejas investigador de las creencias populares, así como también el compromiso con su región al reflejar uno de los personajes legendarios típicos.

El pito de las tres y media: No es una palabra frecuente en el uso regional, se refiere a la sirena de los ingenios convocando a los trabajadores, indicando los horarios de entrada y de salida. Como los turnos durante la zafra azucarera son de ocho horas, ingresando el personal a las cuatro de la mañana, doce del mediodía y ocho de la noche, la frase se refiere al llamado media hora antes del ingreso de las cuatro de la mañana. Es una expresión utilizada en el interior de la provincia para tener una referencia horaria.

Emponchado: Que lleva poncho, aunque también, en el uso coloquial de la provincia, se refiere a aquel que está muy abrigado.

Endereizo: Enderezo. Este tipo de desviaciones de las normas ortográficas suelen darse en el campo o en los contextos sociolingüísticos más bajos.

Entreveros: Líos, problemas. Es una palabra de uso en todo el país, pero se da mucho en la oralidad tucumana.

Espuelas: Espigas de metal terminadas en punta o en forma de estrella, que se atan a la bota del hombre que anda a caballo, con el fin de golpear al animal, para marcarle la velocidad del paso.

Guardapantalón: Pantalón de lona que se ponían los obreros zafreiros encima del pantalón de trabajo.

La Acequia Vieja: En el campo, los lugares suelen ubicarse por la cercanía o proximidad a un referente determinado, o por su alejamiento. En este caso el referente conocido es la acequia vieja.

Le arrastraba el ala: Expresión coloquial y oral que significa “le presumía”, “la festejaba”, “la pretendía”.

Le daba el botón: Expresión oral que significa que le prestaba atención.

Liera: Problemática, que por lo general causa dificultades.

Lleveló: La acentuación en la última o es un rasgo típico de la fonética tucumana, y argentina en general. La forma aceptada por la Real Academia es Llévelo, acentuado en la e.

Lomo: Parte superior del animal. Se lo utiliza como sinónimo para referirse al cuerpo de la persona o bien, a su espalda.

Lo tuvo sucio: Expresión popular, oral y coloquial que indica que algo hizo pasar un mal momento a una persona.

Macha: Estado que adquiere una persona que ha bebido mucho alcohol. Ebriedad, borrachera.

Macheta: “Especie de cuchilla de hoja muy fuerte y ancha”. Se da en el contexto lingüístico de los trabajadores del campo.

Machorra: “mujer hombruna”, mujer poco femenina, robusta. Animal yeguarizo que no queda preñado.

Morral: Bolsa que se cuelga de la cabeza de los animales, con el alimento destinado a éstos. Es un lenguaje de hombre de campo, no necesariamente de Tucumán.

Moza: Muchacha, mujer joven.

Pa’andar: Para andar, se produce el acortamiento de la palabra Para. Se utiliza en todo Tucumán, pero en el campo, sobre todo en la oralidad, es muy frecuente. En los tres casos siguientes se da la misma forma.

Pa’mejorar: Para mejorar.

Pa’ que sepan: Para que sepan.

Pa’ robarme: Para robarme.

Pacarás: El Pacará es un árbol típico de Tucumán, que florece en primavera, y cuya flor es de color blanco.

Poncho: Vestimenta típica del gaucho, usada también por los campesinos que consiste en un tejido rectangular de lana de oveja o de vicuña, que tiene un orificio en el medio para pasar la cabeza.

Punteado: Vocablo usado en el campo para significar que alguien está entrando bajo los efectos del alcohol.

Rancho: Vivienda humilde, sencilla, precaria, construida de madera y pajas, muy común en el campo.

Sillera: Mula o yegua que se ensilla.

Sombrero alón: Sombrero de alas amplias, típico del hombre del campo tucumano.

Soca: “Último retoño de la caña de azúcar”, aparece en el contexto de los trabajadores azucareros, de los ingenios. Es un vocablo no meramente regional, pero sí es utilizado por las personas del interior, en los pueblos azucareros.

Surco y medio: En el contexto del cuento significa que falta hacer una hendidura y media en el arado. Falta trabajo para terminar la jornada laboral.

Ta qu'está...: Expresión coloquial que indica una queja. Hay un traspaso de la oralidad a la escritura, ya que ésta, y otras que ya hemos definido anteriormente, es una expresión típica del hombre de campo, trabajador. Se une fonéticamente la e de Que, a la próxima palabra, cuya primera letra es también una e.

Unos pesos: Expresión oral muy frecuente. Significa poco dinero.

Ya nomás: Expresión oral muy utilizada en Tucumán, equivalente a “Ahora mismo”, “en este momento”, etc.

Yunta: “Pareja de personas, de animales o de otras cosas” en el contexto del cuento, significa que el narrador y Chaire trabajaban juntos, de a dos.

Zafra: “Cosecha de la caña dulce”. Esta palabra no es usada solo en la provincia, sino que responde al vocabulario de las zonas azucareras, y por ende, al interior de la provincia de Tucumán.

6.2. Segundo Cuento *El Gritador de la Noche*

Los **campeadores** llegaron al puesto cuando la oración caía sobre los cerros. Arriba, muy arriba, las nubes recordaban en el oscurecido cielo su encabritado perfil.

Desencillaron, dieron agua y acomodaron los caballos **más allá del corral viejo, entre el pastizal y el trebolar del ciénego.**

De lo que fuera en otros tiempos amplio y seguro corral, solo quedaban restos del picardo, algunas hebras sueltas de alambres y de postes caídos. También la puerta de **ahujones** o tranqueras. Los ahujones a palos verticales, enterrados y perforados a fuego

los acarreó desde el monte, con dos **yuntas** de bueyes, el **finado** Pablo Flores. Las trancas son de álamo que le regalara su **compadre** Cleofé (lo recuerdo como si fuera hoy).

Poco a poco, las tropas de nubes arribaron desde el sur. No tardaron en retumbar algunos truenos.

-Va a llover, muchachos- aseguró el canoso Blas Cejas al tiempo de echar una pitada en su cigarro de **chala** y proseguir con tonada lugareña “esta mañana al ensillar, noté opaco el enchapado del áspero. Señal de descompostura del tiempo”.

Alumbrándose con el **mechero** juntaron brazadas de leña que apilaron en la cocina (yo los miraba, **calladito nomás**). La tal cocina no pasa de medio galpón de techo de aliso, caña y paja; abierto a los cuatro vientos.

La pieza donde dormirían es algo más segura. **Van para los cincuenta años** que la levantaron con **adobes** y hasta tiene una puerta labrada a azuela y sostenida con **tientos**, en vez de bisagras. En el suelo, con las monturas, prepararon las camas.

Terminaban de comer el asado cuando cayeron, atropellándose, las gotas punteras, momentos después de la tormenta chorreaba agua entre relámpagos y truenos que exageraban las quebradas.

En eso los alcanzó el primer grito. Ellos se **entremecieron** y **el Shulka Doroteo**, propuso:

-Ha de ser un perdido, le contestemos, don Blas.

-Perdido es, pero callados mejor.

El otro resonó más cerca, del lado opuesto a donde habían sosegado las cabalgaduras.

-Capaz que sea alguien que vuelve al rancho.

El lugar donde nos hallamos se llama Las Pirhuas. Hace años, antes de la peste del vampiro, en invierno llegaban pastores y **lechadoras** del otro lado del cerro, digo del

valle. Cuidaban majadas y hacían **quesos y quesillos** que secaban en **zarzos de cañas indias o tacuaras** (¿y yo? Pues me divertía en grande con los sustos de los collas).

La luz de los refusilos **dejaba clarito**, como de día, el tupido monte y el **yuyaral** que nos envolvía.

-Miren!...Miren!...Allá!...-señaló aterrado el otro muchacho.

Buscaron y con silbidos llamaron a los peroos. Al fin se convencieron de que habían huido, abandonándolos. Los dos muchachos miraban como hechizados hacia la maciza sombra de cascarudos árboles.

A la luz del siguiente relámpago los tres vieron nítidamente (¿qué duda cabe?) que sobre uno de los ahujones del corral, dándoles la espalda había alguien sentado.

-¿Será el que grita?- preguntó espantado uno de ellos. Cuando los tapó nuevamente la oscuridad sonó otro fuerte y desafiante grito.

Los dos muchachos miraron al canoso Blas como pidiéndole amparo. (Sé que el viejo Cejas es gran conocedor de cosas del monte y del cerro. Hombre bien hombre, corajudo por donde lo busquen tanto de día como de noche y dispone de sus propios recursos).

-Cha digo, éste va a meter **bullita todita la santa noche**.

-¿Quién? ¿Sabe quién es?

-**A la pu...ma** parecen mujeres y no hombres por lo **miedolentos**.

Los tres, ayudándose con la escasa luz de **un mechero**, entraron en la pieza de las monturas. El viejo sacó de sus alforjas una pequeña rama de palmas que guardaba desde un Domingo de Ramos. Con unos tientillos armó una pequeña cruz que colgó del marco de la puerta.

-Ahora que le dé hasta que le duela el coto; de Ella no va a pasar- explicó dando ánimo a los compañeros. -Vez pasada, **aquí mismito**, el compadre Telésforo

Valdez lo hizo pasar muy mala noche. Se defendió a puñal y crucifjo. Por el **cumpa** sé cómo precaverme.

La tenebrosa noche se pobló con nuevos y repetidos gritos.

-Duerman **changos** para que mañana sigamos **peonando**.

El gritador prosiguió con su tarea.

Al amanecer hicieron fuego. Tiraron carne a las brasas. A eso de media mañana aflojó el aguacero y, al no poder camppear los novillos para la recoba del **alpachireño** por tanto barro y río crecido, despaciosa y prolijamente ensillaron los fletes. Se aprontaban para el regreso. Una vez listos comenzaron a trepar la primera **cuestecilla**. En una de las vueltas de la retorcida senda, escondido debajo de una peña hallaron a uno de los perros. Al verlos el animal, un cachorro, aulló lastimero y doloroso. (Los jinetes –aseguro- seguirían sin comprender). En ese mismo momento volvieron a oír, inconfundible al Gritador de la noche. Los tres miraron hacia el rancho. Dándoles la espalda y sentado en el ahujón, yo les decía adiós con la mano.

6.2.1. El Glosario que elegimos en el cuento *El Gritador de la Noche*

Adobes: Especie de ladrillos formad por de barro mezclado con paja, secados al aire libre, que se utilizan en construcciones. En el campo es muy común el uso de este material de construcción en los ranchos o casas de los pueblerinos. Cejas, al mencionarlo en el cuento no hace más que dar cuenta de uno de los aspectos del modo de vida que llevan los campesinos de los pueblitos del interior.

Ahujones: palos con agujeros por donde pasan las trancas para cerrar o abrir el corral.

A la pu...ma: Expresión coloquial y vulgar que implica un insulto. Es un modo de maldecir. El hecho de que la expresión esté incompleta no es una cuestión baladí, si recordamos que a Cejas no le gusta introducir lo grosero en sus textos.

Alpachireño: habitante o persona que proviene de Alpachiri.

Aquí mismito: Expresión oral muy arraigada en el habla de los tucumanos en general. Se confiere al uso del diminutivo, otro rasgo característico del habla de la zona.

Bulla: líos, problemas.

Calladitio nomás: Expresión de la oralidad tucumana que, como en el caso de “Aquí mismito” se da el uso del diminutivo. El empleo del nomás, reemplazando al “nada más” es típico del uso oral de la economía de la lengua en todas las regiones de Tucumán.

Campeadores: trabajadores del campo.

Collas: variante escrita de “coyas”, ya explicado en el análisis del cuento anterior.

Compadre: ver análisis del familiar.

Cuestecilla: cuesta pequeña. Otra vez Cejas muestra el corriente uso del diminutivo, característico de la provincia.

Cumpa: Ver análisis de Una noche, el Familiar

Chala: hoja que rodea a la verdura que en Tucumán se llama choclo. En el caso del cuento, se refiere a un cigarro envuelto por dicha hoja.

Changos: muchachos. Uso coloquial y muy común en toda la provincia para denominar a los jóvenes e inclusive a los niños.

Dejaba clarito: Con esta expresión Octavio Cejas nos muestra la oralidad tucumana proyectada en la escritura. Además, otra vez, dentro de dicha oralidad, el uso de diminutivos.

Desensillaron: Acción de quitar la montura, la “silla”, a los animales de montar. En los pueblos del interior de Tucumán es muy común realizar trabajos con estos animales, y por lo tanto, ensillarlos y desensillarlos es una actividad muy común, una costumbre típica del interior, podría decirse, y de todas las regiones rurales del país.

Entremecieron: Estremecieron. Temblar de miedo, de susto, ante una situación que lo amerita. Aquí el narrador pronuncia equívocamente la palabra.

El Shulka Doroteo: en la oralidad de la provincia, especialmente en los niveles sociolingüísticos bajos se antepone el artículo “el” a los nombres propios masculinos, y “la” a los nombres propios femeninos (en general el uso de “la” no se restringe solo a niveles sociolingüísticos bajos o a los sectores rurales, sino que es propio del habla de todos los niveles sociolingüísticos de Tucumán).

Finado: muerto. Uso coloquial muy típico de Tucumán.

Ha de ser un perdido: “debe ser un perdido”. En el interior de Tucumán se usa mucho la forma verbal “ha de ser” en reemplazo de “debe ser”.

Lechadoras: lecheras. La derivación de la palabra se hace de manera distinta a la habitual, manifestando procedimientos de analogía que muchas veces se reproducen en el campo o en los niveles sociolingüísticos bajos, por falta de educación o de información en muchos casos.

Ma’: mas, pero. Se elude la ese final, rasgo típico de la fonética provincial, donde la mayoría de las veces, en la oralidad, se pierden las consonantes finales, sobre toda –como este caso lo demuestra- la ese es bastante escurridiza.

Más allá del corral viejo, entre el pastizal y el trebolar del ciénago: como ya vimos en el análisis del cuento anterior, en el campo, los ligares se ubican y las distancias se miden por la proximidad o lejanía en relación a referentes delimitados y conocidos por todas. Cejas aquí no hace más que describir esta costumbre típica de esas zonas.

Miedolentos: miedosos, asustadizos.

Mechero: encendedor de bolsillo. En realidad esta palabra es utilizada no solo en Tucumán, sino en la mayoría de los países de habla hispana, pero en el campo tucumano se emplea de manera muy frecuente. Por eso la recalamos en este análisis.

Quesos y quesillos: comida típica de todo Tucumán y del Norte del país, pero que se realiza sobre toda sectores campestres y en el interior de la región.

Seguir peonando: continuar con el trabajo de peones.

Tientos: cuerdas de cuero.

Todita la santa noche: expresión coloquial y oral muy propia del habla tucumana en general, pero especialmente de los pueblos y ciudades del interior de la provincia.

Van para los cincuenta años: expresión oral, también coloquial, que significa que algo o alguien ya está por cumplir los cincuenta años.

Yuntas: ver análisis de Una noche, el Familiar.

Yuyaral: gran cantidad de yuyos. La derivación de la palabra no es la habitual. Otra vez Octavio Cejas nos muestra este rasgo propio del habla del interior.

Zarzos de cañas indias o tacuara: instrumentos con los que se hacen en el interior de la provincia quesos y quesillos.

6.3. Tercer Cuento, *El espejo.*

La voz de doña Clotilde, la *curandera*, por su bocio, sonó *atiplada*:

-Damián, *no ruempa* el espejito, cuidelo. Ahí está su alma...

A los años el *mozo* viajó a Tucumán a *una pelada de cañas*.

La huelga grande fue en los tiempos de Nougés.

Cundo las balas de la policía volante en Iltico, *abrieron las carnes* de Damián, con el espejo hecho añicos, su alma saltó en pedazos.

6.3.1. Glosario que seleccionamos en el cuento *El espejo*:

Curandera: Persona que, sin ser médico, ejerce prácticas curativas empíricas o rituales.

Atiplada: Dicho de la voz o de un sonido: Agudo, en tono elevado.

No ruempa: “no rompa”. Conjugación equívoca del verbo romper en presente del indicativo. Uso propio de la gente de nivel sociolingüístico bajo o de los habitantes del campo.

Mozo: joven, muchacho.

Una pelada de cañas: trabajar en la zafra, pelando cañas.

Abrieron las carnes: es decir las balas lo mataron. Nuevamente obsérvese el decoro de Cejas en el uso del lenguaje.

6.4. El uso de las palabras y los giros idiomáticos en la literatura de Octavio Cejas

El trabajo que nos tomamos al seleccionar y definir las palabras y frases en los textos no está orientado a saber qué significa cada una de ellas, sino más bien a cómo se usa en la literatura de Cejas.

A esta altura de nuestro trabajo, es más que evidente que Cejas, como dijimos es un rescatador del léxico y la cultura tucumana y norteña.

Así, no vacila en usar y abusar de diminutivos como *todita*, *calladitos*, etc. Tampoco, teme mostrar el particular uso de los verbos que se efectúa en nuestras regiones rurales (“no ruempa” en vez de “no rompa”).

Octavio Cejas no piensa dos veces a la hora de incluir dentro de sus textos todo el caudal de su experiencia, de su vivir en el campo. De este modo -aunque tenga que remitir a los lectores más tarde a un glosario-, no le da miedo incluir en sus cuentos palabras como *ahujones*, *yuntas*, *zarzos de cañas indias o tacuaras*, etc.

Incluir lugares típicos tampoco lo amedrenta mucho. En contraposición a los afanes universalistas de muchos autores, Cejas se anima a ubicar las acciones y los personajes de sus cuentos en lugares como Alpachiri, Iltico, o nombrar sucesos como la huelga grande en los tiempos de Nougés.

A los jóvenes los llama *mozo* o *muchacho*, nunca *pibe* o *chabón*. Invita a los personajes a *seguir peonando*, y no a distraerse de sus quehaceres diarios. Los tragos se toman en los *boliches* y no en un café ciudadano.

Los personajes llaman *compadre o cumpa* a sus amigos, nunca *friend o boludo* (perdonen la falta de respeto pero la verdad es que últimamente esta grosería es sinónimo de compadre, amigo o algo así).

El léxico en Cejas cuenta con un uso más que peculiar. Revaloriza lo autóctono, las palabras, más allá del referente al que aludan, pasan a tener un profundo contenido emocional. Nos revelan lo que somos y lo que fuimos, nos dejan una ínfima esperanza de que continuaremos siendo, pese a todo, los mismos que antaño fueron nuestros padres y abuelos.

El léxico que utiliza Cejas define a los personajes y, por qué no, a los lectores también. Nos sitúa a todos como seres pertenecientes a una misma zona, con las mismas costumbres y con un idéntico pasado en común. Las palabras que pone Cejas en la boca de sus personajes nos erizan la piel ya que como dijimos trascienden el mero referente al que hacen alusión, y connotan, nos conectan –mejor dicho-, con *nuestra propia identidad cultural*.

6.5. Valoración de los cuentos y del rol que desempeña Octavio Cejas como escritor

Habiendo definido ya las palabras regionales, nos preocuparemos por ejemplificar con estos textos la clasificación realizada por Octavio Corbalán⁷ en su informe *Creación Literaria y Literatura Folklórica*.

Como ya hemos mencionado en el marco teórico, Corbalán señala dos tipos de creación literaria en el marco del folklore: la primera de ellas es aquella creada por un autor culto, que refleja las características principales de su región natal. En el segundo grupo, se ubica lo que –de acuerdo a Corbalán- es folklore propiamente dicho.

En relación a esta breve síntesis del pensamiento de Corbalán, cabe mencionar que los cuentos de Cejas, por ejemplo, *Una noche, El Familiar*, estaría incluido, en un principio, en el primer grupo, ya que es indudable cómo Octavio Cejas pone de manifiesto con total maestría no solo el vocabulario de su zona, sino las costumbres propias de los hombres que allí habitan, su modo de vida, las jornadas laborales, la forma de vestirse, entre otras. Además, ofrece descripciones o menciones de los lugares típicos de esa región, como el boliche, el camino, los pueblitos (Alto Verde, Alpachiri).

⁷ Ver marco teórico

Sin embargo, por otra parte, en nuestra opinión, el cuento tendría también algo de folklore puro –que se corresponde con el segundo grupo delineado por Corbalán-, ya que toma una leyenda del folklore provincial, y la recrea personalmente, pero siempre respetando la idea y el sentir popular. Esto es más que evidente en la recreación de la figura del Familiar.

Así, extraemos como conclusión, que *Una noche, el Familiar*, es literatura regional, pero también incluye, en gran medida, elementos folklóricos “puros” importantes del interior de la provincia.

Por otra parte, en el cuento *El gritador de la noche*, también se imbrican las categorías folclóricas delineadas por Corbalán, ya que Cejas pone de manifiesto no solo el lenguaje usado generalmente por la gente del interior del país, sino también algunas costumbres típicas de la zona, así como actividades que en esos lugares se realizan cotidianamente. El *plus* que hace que el cuento se inserte dentro del folclore propiamente dicho que postula Corbalán deviene de la magistral presencia del Gritador dentro del relato Cabe aclarar que incluso será esta enigmática figura la que cierre y clausure la historia.

El tercer cuento, *El espejo*, lo seleccionamos porque creemos que es diferente a los otros, y sin embargo no deja de denunciar el compromiso que Cejas posee con la región tucumana, su léxico y su costumbre. Este cuento si entra directamente en el primer grupo que propone Corbalán: es un relato de un autor culto que introduce tópicos y lenguaje popular.

Todo esto nos permite observar la gran tarea que Cejas desempeña como investigador del folklore de la provincia y del NOA, y el profundo vínculo que posee con la realidad de nuestra tierra. El rol del escritor ante la situación de su pueblo natal, destacado por Olga Eugenia Flores en nuestro marco teórico, se ve reflejado de manera muy clara en los cuentos de Octavio Cejas. Éste pone en práctica su “Oído Registrador” y evidencia en sus escritos tanto el modo de hablar como las costumbres del hombre del campesino.

7. Conclusiones

La doctora Rojas Mayer afirma que:

“(…) El habla popular del NOA ofrece cierto número de variaciones fonéticas, morfosintácticas y léxicas, en algunos casos como uso exclusivo de gente de escasa cultura idiomática, y, en otros como participación de los habitantes cultos. Para unos es su expresión más íntima y propia. Para otros, es el modo informal de su comunicación diaria como hablantes regionales. Para todos, es la identificación con una cultura que puede superarse pero nunca rechazarse”⁸.

La lengua es la materia prima de toda la literatura, así como la literatura es su justificación artística. Como materia prima, la lengua puede tener la flexibilidad de la fibra, la dureza de un metal o puede ser maleable como la arcilla. Sin embargo los mecanismos que determinan el grado de manipulación de dicha materia prima están determinados por complejas relaciones entre sociedad y cultura y de las secretas interconexiones entre la psicología y la experiencia de los individuos.

El escritor está así, frente a un elemento –la lengua- que por su intrínseca e inagotable riqueza le exige una constante revalorización y revisión de sus capacidades expresivas. El escritor escribe para comunicarse –o debería hacerlo-. Más precisamente, Octavio Cejas escribe para comunicarse, para hacer pública su valiosa experiencia de vida. Para ello cuenta con un idioma, el español –más precisamente el español que se habla en el NOA Argentino-. Cejas siempre dijo que el escritor es como “la piedra galena” en medio de la sociedad, que quienes escriben deben desarrollar su capacidad de observación para decidir cuáles son los recursos de su idioma que va a poder utilizar y cuáles no.

Cejas eligió la prosa de ficción para tomar posición frente al idioma aunque cabe resaltar que dentro de muy poco tiempo, sin embargo, don Octavio va a publicar un ensayo sobre Luis Franco, es decir, su estilo se hará eco en una prosa no ficcional. La prosa tiene innumerables posibilidades expresivas que estarán determinadas por el tema, la ambientación, el tono mismo de la narración. La literatura en Cejas no puede dejar de ser un testimonio de la realidad: una realidad elaborada, sin duda, por la sensibilidad del

⁸ Rojas, Elena Malvina (1985). *El habla popular del NOA*. Congreso de Historia y Cultura de los pueblos del NOA. Actas de Congreso. Tomo IV “Letras y Artes”. Universidad de Catamarca (1985).

escritor, pero que conserva matices identificables que la vinculan con su contexto real, con la experiencia vivencial que fue su fuente y es de esta dimensión, la de la realidad, de donde procede el lenguaje que ha de usar el escritor, Cejas. Cuando crea sus personajes, la lengua se convierte en uno de sus más poderosos instrumentos para delinearlos. La forma como hablen estos personajes definirá con más claridad que cualquier descripción que intente hacer don Octavio, cuál es el contexto social de dicho personaje, su educación, su procedencia, además de aspectos menos superficiales que nos remiten a su carácter y a su psicología misma. Octavio Cejas es un excelente ejemplo del uso de las formas dialectales –en el más amplio sentido de las palabras– para definir mejor a sus personajes.

Todo nuestro trabajo nos llevó a dos conclusiones que son de importancia capital:

- 1) el escritor debe enfrentar como parte de su tarea creadora la necesidad de sensibilizarse ante el habla regional, sus niveles, sus implicaciones y sus posibilidades, así como se sensibiliza ante la riqueza humana y ambiental de su medio para convertirla en materia prima de su obra.
- 2) El escritor debe adquirir conciencia de la tarea que le cabe en una cultura que se aleja cada vez más de la norma académica como regla lingüística y que prefiere buscar sus modelos allí donde encuentre expresividad, flexibilidad, riqueza de matices.

Creemos fervientemente que Octavio Cejas, al incorporar su experiencia de vida en la literatura entendió que no existe una diferencia irreconciliable entre habla literaria y habla coloquial. A los hacedores de la literatura les cabe –y debe convertirse en su principal tarea– esforzarse para que esto no signifique la decadencia del nivel de una para ponerse a la altura de la otra, sino el enriquecimiento de ambas para una mayor vitalidad del idioma.

Bibliografía

- **Carilla, Emilio** (1985). *Regiones Literarias y Literatura Regional*. Congreso de Historia y Cultura de los pueblos del NOA. Actas de Congreso. Tomo IV “Letras y Artes”. Universidad de Catamarca (1985).
- **Catedra de Teoría y análisis Literarios y Culturales I** (2006). *Unidad 3. Cultura Popular y cultura de Masas*. UNT.
- **Cejas, Octavio** (1973). *Una Noche, El Familiar... y otros cuentos*. Ediciones del Consejo Provincial de Difusión Cultural. Tucumán Argentina.
- ----- (1991). *Real Sayana*. Ediciones de la Secretaria de Post-grado de la UNT. Colección: Narradores del '60. S. M. de Tucumán, Argentina.
- ----- (1998). *Antología*. La Feria del Libro. Tucumán, Argentina.
- **Corbalán, Octavio** (1985). *Creación Literaria y Literatura Folclórica*. Congreso de Historia y Cultura de los pueblos del NOA. Actas de Congreso. Tomo IV “Letras y Artes”. Universidad de Catamarca (1985).
- **Falicov Estela, Lifszye Sara** (2002) *Sociología*. Editorial Aique. Buenos Aires, Argentina.
- **Lagmanovich, David** (2006). *Escribir en la Universidad. Manual de Estilo para estudiantes y profesores*. Departamento de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. San Miguel de Tucumán, República Argentina.
- **Real Academia Española de la Lengua**. *Diccionario de la Real Academia Española* (2001). Espsa Calpe. Vigésimo primera edición. Villa Ballester.
- **Rojas, Elena Malvina** (1980). *Aspectos del habla en San Miguel de Tucumán*. Programa N° 63 de Ciencia y Técnica. UNT. San Miguel de Tucumán, Republica Argentina.
- ----- (1985). *El habla popular del NOA*. Congreso de Historia y Cultura de los pueblos del NOA. Actas de Congreso. Tomo IV “Letras y Artes”. Universidad de Catamarca (1985).
- **Flores Olga Eugenia** (1978). *El escritor frente al habla regional*. Primeras Jornadas de Dialectología, Tucumán (1978)

ANEXO

- Entrevista a Cejas
- Un glosario Cejista
- Giros Idiomáticos de Tucumán recopilados por el propio Cejas

Dialogo con Octavio

Catalogar de entrevistas a los encuentros que tuvimos con Octavio quizás no sea lo más adecuado. En realidad, las visitas al escritor fueron una serie de diálogos. Sabíamos que íbamos a preguntar pero no le hicimos preguntas puntuales. Y el resultado fue sumamente positivo, ya que logramos interaccionar e incluso trabajar los tres en equipo, diríamos. Lo más lindo de todo fue poder compartir con Octavio la entrega de premios que en su honor realizó el Fondo Nacional de Cultura y la Secretaria Provincial de Cultura.

Por estas razones, las preguntas que apuntamos en la entrevista son especies de subtítulos que sirven para orientar respecto de lo que esta hablando Cejas. Omitimos muchas partes en las cuales la conversación se nos va por “las ramas” y/o en las que el propio escritor nos pregunta a nosotras sobre nuestros estudios y nuestra carrera.

Los dichos de Cejas

“Yo estoy fraternalmente unido a las palabras”

“Hay un vocabulario paralelo al nuestro”

¿Cómo empieza a escribir?

“Hay que tener en cuenta que yo soy maestro rural, soy maestro en la ciudad, pero toda mi vida me dediqué a ser maestro rural. Porque ahí encontré otro mundo paralelo al nuestro, sobre todo cuando trabajé en el cerro, en Las Estancias. Yo fui maestro ahí, campesino serrano, y el resto de mi actividad de maestro lo cumplí siempre en escuelas campesinas. De este modo, mi vinculación con el niño campesino, sobre todo el niño campesino que relata, que refleja fielmente lo que oye y lo que ve, distinto al disimulo que le agarra a el adulto. Por ejemplo, enseñaba en Gastona, poco tiempo en grados fui directivo. La maestra les cuenta un cuento a los chicos, de primer grado, primer grado superior, segundo grado cuando mucho; y les pide que ellos se imaginen el cuento y lo dibujen. Nos trajo dibujados –uno de los chicos cumplió exactamente lo que ella pedía- al natural al padre y a la madre como él los había visto alguna vez cuando se cambiaban la ropa. ¡Ese fue un pillo! (risas). Esa actitud nosotros no la manejamos porque tenemos nuestros escrúpulos, nuestras reservas, nuestra formación, en cambio ellos son totalmente naturales. Son como animalitos. Los niños ven a las niñas y no les llama la

diferencia anatómica porque ellos siempre se vieron así. Y además que no les enseñan que eso es un atrevimiento. Ellos viven dentro de la naturaleza, y la naturaleza es ellos”.

¿Cómo empieza a recoger ese vocabulario paralelo?

“Para eso, en ese tiempo no había grabadores todavía, te estoy hablando de los años 50, más de cincuenta años atrás. Había unos grabadores enormes para las radioemisoras, grandes como valijas, a cinta descubierta, no más. Los chiquitos que tenemos ahora, antes prácticamente no existían. Para darte un ejemplo, venía en ese momento la piola, para atar los animales. Venía en enormes carreteles, y de ahí iban sacando por metro. La gente que ha trabajado en esos momentos, de los años 50 para abajo, más allá, casi siempre fue dotada de una super memoria. De una memoria infalible. Prueba de esto es Juan Alfonso Carrizo, que recogió 23.500 cantares. ¿Cómo hizo Juan Alfonso? La memoria. Fueron poseedores de memorias maravillosas. Toda esa gente que trabajaba en folclore fueron dueños de condiciones no comunes para otros mortales. Por ejemplo esta señora Ares Tieles, del Perú, a los cuatro años ya era pianista y corriendo el tiempo fue doctora en música. Visitó todo el interior recogiendo la música nativa, por lo que Carlos Vega –un músico notable nuestro, argentino- ha visto en ella esa disposición de memorizar. Entonces, lo que Juan Alfonso hizo con las coplas, con las letras, ella lo hizo en la música. El de ambos es un trabajo que aún no se lo ha valorizado. Porque no se enseña a valorizar. En donde aprenden ustedes el profesor va apurado porque tiene que enseñar otro tema, otro asunto, otro aspecto de la literatura. Pero también hay que recordar a gente que hizo tanto por el rescate de la cultura popular. Sé que quienes hacen buen rescate están por allá en San Luis, hay un fondo cultural Sanluiseño. Investigadores, mujeres y hombres, trabajan. Yo tengo algunos libros suyos y me sirven de mucho, porque a lo que nosotros no le damos importancia, ellos si se la dan. Si algo existe en el folclore es porque sirve”.

¿Cómo se le ocurre reflejar su experiencia en la literatura?

“Porque son cosas originales, por como ellos (la gente del campo) lo arman y lo presentan. El narrador oral es común en el campo, en el campesinado. No así en la ciudad que repiten tonteras oídas en la televisión. Cuenta uno y cuentan todos lo mismo, pero allá no. En el campo puedes escuchar la misma historia diez o quince veces pero siempre contada de distinta manera. Eso es originalidad y me llamó la atención. Yo toda la vida lo leí a Carrizo, y a otros folcloristas, folclorólogos. Por ejemplo santiagueños

que son totalmente distintos a nosotros. Chazarreta, por ejemplo, son muy ricos. Esa gente se ha guardado para sí, todo un reservorio. Son libros que andaban en la boca, y ellos los volcaron en las letras”.

¿Cómo era un día típico suyo en la niñez?

“Las tres etapas de mi vida, la niñez, la juventud y la adultez, se vuelcan ahora en mi literatura. Ahora, prácticamente ya no puedo salir a caballo, no puedo ir lejos porque he tenido un accidente que me impide estar en equilibrio, por ejemplo. Ya no puedo manejar, tengo que esperar a que un muchacho se desocupe y maneje por mí. Y ellos siempre van apurados en volver. Lo mismo hacía yo, pero ahora voy interesado en conversar con un hombre del campo, por ejemplo, un carbonero, o un hombre que saca leña, o que maneja bueyes. Toda esa actividad se va perdiendo. Ha sido reemplazado el hombre por la cadena, el tractor y la motosierra. De modo que esos trabajos tan crueles con el propio hombre, en algún momento van a desaparecer. Pero a esa etapa de trabajo manual hay que buscarla, conservarla. Para que sepamos de dónde venimos y por qué somos así. Para que sepamos a dónde vamos. Y además que de joven ya había descubierto a Luis Franco. Franco es una especie de tutor espiritual y a la vez un maestro que me va marcando el camino. Y aquí en Tucumán, a pesar de la existencia de la Universidad, fundada en 1915 o 1916, no había dado frutos, con sus fundadores y cientos de estudiantes, de lo que era la realidad de la provincia en ese tiempo. Si no fuese por los historiadores, nosotros pensaríamos que acaba de nacer la provincia. El historiador también es un compilador”.

¿En que lector piensa cuando escribe?

“Yo siempre pienso en el lector popular. En un hombre de pueblo. Yo creo ser un escritor regionalista, porque abarco una región, no solo una provincia. Escritores como Tizón y Haroldo Conti –que trabajó en la región del litoral- también son regionalistas. Lobodón Garra, también viajador incansable, y que ha mostrado prácticamente toda la Argentina. Otros autores han trabajados con mineros. Todos ajenos al medio nuestro, pero gracias a ellos lo conocemos”.

“yo armo mis glosarios conforme a las palabras que voy utilizando. Y es muy interesante comparar los glosarios de un escritor tucumano, con uno salteño o con otro de Santiago del Estero, por ejemplo. Son todos distintos. A veces empleamos la misma

palabra pero le damos una acepción distinta, que en otra provincia no la tiene. Y no es que inventemos, es el uso que le da el pueblo. El pueblo es el dueño del idioma”.

¿Cómo define esas palabras? ¿Por experiencia o intuición, por ejemplo?

“Por los chicos. Cuando decían algo que yo no entendía les preguntaba que querían decir con eso. Por ejemplo, en Gastona, se usa mucho la palabra amadaya. Por ejemplo, están jugando a la bolilla y dicen: “¡Amadaya que te has venido cerquita!”. Es como si dijeren “¡Qué casualidad!”. Otros dicen: “¡Amadaya fuera cierto!”. A el que no se compenetra con el decir campesino no le da importancia, no le importa”.

Día típico de Octavio cuando era Maestro.

“La escuela donde yo trabajé es la 115, sobre la ruta. Empecé yo en los años 55 o 54. Recién salían los camiones grandes, y dejaban un tufo, el aire contaminado, un olor a vinagre, porque llevaban caña. Los chicos decían “¡Ahí viene el camión hediondo!”, por el olor que va a dejar, de vinaza. Me levantaba temprano, me iba a la escuela en bicicleta, haga frío, llueva, haya barro. Pésimo era el camino. Luego volver, bañarme y cambiarme para ir a la Escuela Industrial, que ya era Escuela Industrial ciclo secundario. Salía de ahí como a las seis y media de la tarde y a las ocho de la noche entraba a la escuela para adultos. Todo esto que cuento no es por decir que fui un trabajador excepcional, sino que tenía que trabajar en tres partes por el sueldo miserable que le pagaban al maestro. Y bueno, les pagan lo mismo ahora. Nunca fue bien considerado el trabajo del maestro ni del profesor. Yo ahora que estoy afuera lo puedo decir porque ya no me van a echar. De modo que siempre trabajé para la escuela, viviendo para la escuela. Y en parte viviendo de la escuela con un sueldo irrisorio. Los maestros se casan con las maestras para ayudarse con el sueldo. No hay libertad económica, es un sueldo siempre de hambre. Por eso vivimos de huelgas, y siempre lo mismo”.

Inicio de Octavio en la Lectura y recuerdos de su niñez.

“En mi caso se despierta a temprana edad (la lectura). Yo tuve la suerte, con los chicos del barrio –de la España y Rivadavia-, de que todos teníamos una sola madrina, que era maestra jubilada. Tenía buena mano para Madrina, se llamaba Urbana Macías. Los madrinazgos con ella eran muy difíciles que se deshagan, que se desconozcan después, a lo largo del tiempo. De modo que nosotros –todos los ahijados- íbamos a la escuela de

la madrina. Ella, muy viejita, nos enseñaba desde la cama. A la vuelta de la cama, teníamos sillas nosotros. Prácticamente nos separaba por grados. Iban los que tenían diez años hasta los que todavía no nos admitían en la escuela. Estoy hablando de los años 30 y tanto, cuando los chicos a la escuela entraban recién con 7 años. De modo que con la ayuda de la Madrina, uno ya entraba a la escuela sabiendo leer y escribir”.

“En la primaria fui a la Escuela Usladislao Frías. Tuve la fortuna de recibir instrucción de muy buenos maestros, maestros de un nivel que no volví a encontrar cuando fui director”.

“La secundaria la cursé en la Escuela Normal de Maestros de Catamarca. También con un excelente plantel de profesores, pero con la desvalorización de ser tucumano. No fui mal alumno, tampoco excepcional. Pero los que vivían ahí me aventajaban, se conocían entre ellos. En la primaria fui abanderado, en la secundaria no. Yo era tucumano, desconocido y sin un centavo en el bolsillo, ¿Qué podía esperar?”

“tenía que trabajar en algún oficio para ayudar al padre a parar la olla. El oficio que más me guata fue ser guardia de ómnibus, porque me hacían conocer Catamarca. También fui zapatero remendón y luego profesor de dactilografía. Todo eso paralelo al estudio, a no faltar. Fui ayudante de albañil, siempre trabajé en lo honesto. Había patotas activas de noche, pero yo nunca me presté. Primero porque me iban a echar de la Normal y segundo, porque mi papá me iba a echar de la casa”.

“Yo empecé a escribir cuando ya estaba recibido de maestro, pero mis lecturas empiezan cuando iba a la primaria. Ya tenía entonces mi inclinación de lector, además de maestras que me estimulaban. Una de ellas me prestaba libros, sino con qué iba a comprarlos yo. Ahora mi biblioteca frisa los 2.500 libros, pero ya con cierta orientación. Ya no compro cualquier libro, sino el que me va a ayudar. El que está dentro de mis lecturas anteriores y de las lecturas nuevas que pueda hacer, y con lo que pueda producir”.

“He trabajado mucho tiempo en La Gaceta, como periodista. Y andaba también con el grabador. Casi siempre se le pide permiso al entrevistado para grabar. Todo lo que recogí en mi trabajo periodístico fue importante. Todo lo que yo considero que es relevante para mi trabajo, lo copio y lo guardo. Las leyendas también. Las escucho y las guardo, luego van a servir. Esas son proyecciones, las leyendas a la literatura. Lo que pasa es que cuando uno más va avanzando, cree que va aprendiendo más. Uno usa las palabras de otros escritores, no exactas, las reformula. Otro escritor más fuerte, nos forma a través de su literatura, por ejemplo, en mi caso Luis Franco y Ezequiel Martínez

Estrada. Siempre proporcionan temas ellos. Actualmente estoy trabajando en un ensayo sobre Luis Franco. Ya lo voy rehaciendo cuatro veces, creo que no lo voy a terminar nunca”.

“Mi primer libro no tenía glosario. El libro sufre un extraño destino, los de todos los escritores, no solo los míos. Usted no sabe dónde va a ir a parar, que manos lo van a tocar, que ojos lo van a leer. Entonces, puede ser que el libro vaya a dar en Misiones, donde son distintos a nosotros. Al lector siempre hay que respetarlo. Uno no sabe si va a ser leído en los grados o por una abuelita, que reside en una casa de pensión, porque a esa edad ya es una especie de estorbo para su familia. Otros no, otros consideran al viejito o viejita como una especie de reliquia familiar”.

Día de su niñez

“Mi papá a pesar de ser semi analfabeto, no era tan duro como parecía. Él era riojano, del departamento de Leico. Él tenía un poder creativo genial para las letras de las canciones y en carnaval sobre todo se enfiestaba el viejo. Nosotros nos entusiasmábamos con el tambor, con las cajas. Y algunos también soñaban ser cantores como él. Él se aprendía las coplas. Y cometió el error de buscarme a mí para que los domingos lea en la gaceta la carta a mi ñaña, llena de errores de los que yo me contagié. Por eso no tenía tan buena ortografía. En Catamarca fui profesor de taquigrafía, y allí no se usan reglas ortográficas. Por ejemplo podemos escribir “propieda”, sin d, bien tucumano. Pero el escritor de raza si se quiere, es casi siempre el producto de otros escritores. El escritor es primero un ávido lector”.

Yo pienso que el mayor problema de hoy es el choque nefasto con la televisión. Únicamente te muestra espectáculo de mujeres semidesnudas, mal vestidas, de pésimo gusto. No saben hablar, nunca las entrevistan solas. O entrevistan a veteranas, con años de escenario, que siempre van a contar lo mismo”.

“Creo ser muy conocedor de mi provincia”

Su trabajo en la Gaceta de Tucumán.

“Yo dependía de Arturo Álvarez Sosa y Aldonate. Dejé de trabajar allí hace más de 10 años. Me dieron una página Empecé con notas sueltas, luego trabajé con tierra adentro. Tenía que llevar la fotografía y el texto, armado ya. Ahí aprendí y viajé mucho. Yo trabajaba desde acá, desde mi casa y luego viajaba a dejar mi trabajo o lo pasaba por teléfono. Roberto Espinosa también me enseñó mucho, él me recibía los sobres con las

notas. Yo ya había ganado algunos cursos como escritor, y por eso me contrataron. El diario me ayudó a trabajar a contratiempo, te azuzan con el tiempo. Uno mentalmente tiene que ir armando y corrigiendo las cosas. Presentarlo y esperar que no te rechacen y no te paguen. Trabajo publicado, trabajo pagado”.

En mis viajes encontré personajes fabulosos que acá no hay. Por ejemplo, Mariano Córdoba, un hombre de Aguijares, que fue baleado en 1922 y que decía tener la capacidad de volverse invencible –él, el caballo y el perro-. El año pasado descubrí a un hombre, cuya profesión es ser llevador de almas, vive cerca de Santiago del Estero. Hay que ir por la calle con los oídos atentos. Sobre todo me fijo en los apodos que definen mucho a la gente.

Yo le tengo piedad a los personajes. Trabajo con un personaje común que llegue., no que repugne. No me gusta lo morboso”.

Voy a cumplir 80 años y a esta altura de la vida no veo quien me suceda en mi querhacer. Espero que en su caso, estudien, enseñen y produzcan. A uno le va bien cuando se encuentra con su propio destino, con sus propias aptitudes. Uno cuanto más estudia, más se sensibiliza emocionalmente. Las emociones que uno reproduce en un personaje solas se presentan.

Octavio Cejas: el baqueano de las letras en el NOA

Hael, María Virginia
virchy_tuc@hotmail.com

Molina, María Elena
menaita_molina@yahoo.com

LENGUA ESPAÑOLA II
Facultad de Filosofía y Letras. U.N.T.
Diciembre de 2006